

# Preguntas al polvo

Jesús Díaz

A Anne Marie Metalié

¿PODÍAS ESCUCHAR LOS SORDOS SONIDOS DEL SILENCIO, LUISA, EL HIRVIENTE burbujeo de la corrupción de la carne, la monótona labor de los gusanos y la inexorable, secreta conversión de los huesos en polvo que él imaginaba como un escándalo callado en medio de la canícula feroz? ¿Y a él, Luisa, a aquellas palabras que había soñado durante tantos años y que apenas ahora podía entregarte, cuando no tenía siquiera la certeza de que estuvieras escuchándolo? ¿Podías mirar? ¿Tus ojos azules alumbraban todavía en algún sitio? ¿Estabas, como él, enceguecida por el furioso brillo del sol sobre los mármoles, o simplemente ciega para siempre? ¿Seguías siendo bella? ¿Te parecías en algo a la imagen de la foto oval que estaba allí, sobre tu nombre, las fechas y aquel texto ridículo que le dictaste a Esmérida? «Madre amantísima y esposa ejemplar».

¿Le creerías si te dijera que lo fuiste, pese a todo, que aquellas cartas tuyas que recibió día a día durante años y años fueron su sostén, incluso cuando no tuviste ya nada nuevo que contar y enviabas una y otra vez la misma, como si estuvieras expiando una culpa imborrable? ¿Si añadiera que no las respondió para obligarte a compartir como un castigo su soledad de los primeros años, y que se arrepintió de su silencio el mismo maldito día en que empezó el tuyo y supo así que ya no respirabas? ¿Comprendes, Luisa? ¿Perdonas? ¿Tendrán tiempo aún para sentarse a conversar quién sabe dónde? ¿Podrá decirte alguna vez que hiciste bien en enviarlo al exilio, que al fin venció, se hizo ingeniero y tuvo una mujer, una espléndida casa y sobre todo dos hijos, los nietos que nunca conociste? ¿Que era tan feliz como podía alguien serlo en este mundo?

¿Por qué no te lanzaste a acompañarlo? ¿Por qué cediste a la ilusión de que todo cambiaría pronto en este maldito país y de que él iba a regresar para que tú continuaras empollándolo? ¿Por qué te dejaste vencer por el abandono de papá, por la enfermedad de abuelo y todavía, cuando las ilusiones estuvieron secas y abuelo muerto, por el miedo a viajar y a morir lejos? ¿Lejos de dónde, Luisa, si ya aquí no te quedaba nada, salvo los pobres huesos de tu padre? ¿Cómo fue posible que le escribieras «Vuelve», cuando sabías perfectamente

que no podía volver? ¿Intuiste quizá que después no quiso, que aquellos sueños en los que secuestraba un avión o un barco para venir a verte eran sus trampas, sus embustes, sus falsificaciones, que sentía, como tú a la partida, un miedo invencible y oscuro al regreso? ¿Y por qué había vuelto ahora, verdad, después de tantos años, cuando ya nada era posible salvo estos gladiolos que colocaba sobre el mármol del pan-teón familiar y que el sol marchitaría en unas horas?

Ah, Luisa, ¿por qué no le hablabas de la muerte? ¿Era normal esa sed de regreso, esa hambre de hacerse pequeño, mínimo, minúsculo, ese delirio de volver a tu seno, esa obsesión por tocar una tierra a la que no debía nada, salvo el rencor de haberte perdido? ¿Sería un mensaje de la muerte aquella repentina, inaplazable necesidad de visitarte?, ¿una broma de la muerte el horror que le impidió correr al cementerio desde el primer minuto de esta visita que terminaba hoy? ¿O habían sido este país de mierda, este calor insoportable y húmedo, esta peste feroz a algo profundamente podrido los que lo atenzaron dejándolo tan fuera de lugar, tan confundido que decidió encerrarse en la habitación del hotel, como solía hacerlo en el armario en los momentos en que papá y tú peleaban? ¿Te acuerdas, Luisa, cómo corrías a rescatarlo diciendo que un niño no debía estar así, íngrimo?

¿No te confesó nunca que aquella palabreja le daba tanto miedo como la oscuridad, que así se sintió en el Refugio y en su hogar de adopción durante los primeros años, y que así había vuelto a sentirse cuando el médico le diagnosticó una úlcera y le prohibió el cigarro, el café, el alcohol, ciertas comidas? Era normal, ¿verdad? Pero, ¿lo era también seguir perdiendo peso, color, deseos, pese a haber renunciado a casi todo? ¿Sería cáncer, Luisa? ¿Estaría a tres años, a tres meses o a tres días de quedarse íngrimo para siempre? ¿Sería verdad esa obsesión que lo persiguió hasta el hotel desde donde pudo mirar al fin aquella zona del Atlántico que terminó atrayéndolo como un hechizo, como si el azul cobalto de sus aguas pudiera curarlo, como la promesa de un milagro hacia el que de pronto corrió a zambullirse sin hacer caso de la señal de peligro ni de los muchachos que le gritaban?: «¡Ahí no, míster!»

¿Se estaría volviendo loco, Luisa? ¿Sería un desatino aquella especie de plenitud que sintió al ser arrastrado por las olas, aquel deseo animal que lo llevó después a arrastrar a una putica hasta su habitación a cambio de unos cuantos dólares, y a beber y a fumar y a hacer el amor durante toda la noche como en un perverso, hermoso, estúpido suicidio por el que debió pagar al día siguiente en monedas de vómito y de miedo? ¿Sería ese horror que le inculcste a morir lejos, tal vez en aquel pueblito de su primera adolescencia donde nadie nunca había hablado español ni lo hablaría jamás, el que lo llevó a salir a la calle ahora, perseguido por la clarísima conciencia de que «lejos» para él, ya no era Springfield, Illinois, sino La Habana, Cuba? ¿Fue por eso que recorrió como un autómatas, como un mulo de carga aquellas calles mucho más pequeñas que las de su memoria, hasta dar con tu casa, con su casa, con la casa?

¿Hizo bien en llamar, Luisa, en invocar los demonios del recuerdo, en convertirse en aquel niño que regresaba tembloroso de la escuela, rogándole a

Dios que papá hubiera dormido contigo y que tú no estuvieses borracha? ¿Quién era aquella mulata de ojos saltones que le abrió la puerta preguntando?, «¿Qué desea, señor?» ¿Qué deseaba, Luisa, sino verte? ¿Con qué voz partida de nostalgia lograría decir, «Yo nací aquí, señora», para que la intrusa no lo mandara a volver por donde vino? Ah, Luisa, Luisa, ¿por qué fue tan cariñosa la maldita? ¿Por qué habló como Esmérida? «Pasa, mijo.» ¿Y cómo él encontró fuerzas para entrar a la sala, que ya no es la que era? ¿Dónde estaba tu piano, dónde la humildísima interpretación de Mozart con la que lo dormías, dónde tu voz cantándole boleros de Lecuona? ¿Qué oscuro impulso lo llevó hacia dentro, hacia atrás, hacia la nada, hacia ese territorio desolado, lleno de muebles viejos, cachivaches, trampas, en el que ahora ni siquiera cantas, ni está papá escuchando? ¿Qué secreto delirio lo obligó a repetir como un obseso su último recorrido por la casa si ya papá no lo haría junto a él, ni abuelo habría venido de visita, ni Esmérida estaría llorando en el jardín, ni tú prometerías, sin presentir que el tiempo habría de convertir en falsas tus palabras, «En dos meses regresas», antes de acompañarlo al auto familiar que ahora no está esperándolo en la calle?

Ah Luisa, Luisa, ¿por qué tan hostil aquella acera donde murmuró «Gracias», sin saber todavía cómo encontrar a Esmérida? ¿Viviría aún en la extraña dirección que le enviaste, habría muerto también, habría olvidado o estaría cantando, como él la recordaba ahora, «¿Con qué se hace el dinero? Con cáscaras de huevo?» ¿Y el miedo, Luisa, con qué se hacía el miedo? ¿Con la conciencia de estar íngrimo, con el presentimiento de la muerte, o también con la certidumbre de no pertenecer a aquel mundo sudoroso y gritón que volvía a rechazarlo hacia la tristísima habitación del hotel? Dile, Luisa, ¿por qué nunca pudo llamarte mamá? ¿Y por qué logró gritártelo esa noche, cuando supo de antemano que volvería a asaltarlo la primera pesadilla de su exilio? ¿Acaso él mismo convocó el horror para poder llamarte así? ¿Quién era aquella niña ciega que apareció en sus sueños noche a noche, en el Refugio, tentándole la cara con los deditos blancos para vaciar los ojos de tu hijo? ¿Cómo pudo reaparecer ahora, aquí, tan lejos, idéntica y bellísima? ¿Serías tú, Luisa, tu amor desesperado? ¿O él?, ¿él mismo?, ¿su secreto?

¿Se atrevería a decirte que amaneció odiándote porque no acudiste a rescatarlo, que no vino ese día al cementerio para continuar castigando tu memoria, que en cambio caminó durante horas por las callejas de Guanabacoa con una dirección y un nombre sagrado en los labios? «Por favor, ¿vivirá por aquí Esmérida Martínez?» «¿Una señora llamada Esmérida Martínez?» «¿Una vieja llamada Esmérida Martínez?» «¿Una negra prieta llamada Esmérida Martínez?» ¿Lo imaginabas aplastado bajo ese sol odioso, siguiendo indicaciones que lo alejaron cada vez más del pueblo hasta llevarlo a un lomerío punteado de zarzas, chivos, perros, una que otra covacha? ¿Qué terca intuición lo llevó a seguir, qué presentimiento a descubrirla tras una batea de ropa, más vieja, más gorda, con las tetas todavía más grandes que aquéllas que a él le dieron de mamar?

Ah Luisa, Luisa, Luisa, ¿cómo contarte el asombro de Esmérida al mirarlo, el «Aydiomío aydiomío aydiomío!» que elevó a las alturas como una plegaria,

el abrazo oloroso a jabón, a ti, a papá, a abuelo, a natillas, a soldaditos de plomo? ¿Qué hacer sino rajarse en llanto y recostar la cabeza en su regazo para que lo acunara, como si lo perdido fuese una pesadilla de la que recién ahora estuviese despertando?, ¿sino seguirla a la covacha, sentarse en el camastro y hablarle de su vida, sus hijos, sus éxitos, su úlcera, su cáncer? ¿Cómo negarse a su reclamo de que se desnudara para despojarlo de los malos espíritus, si acababa de comprender que también a eso había venido? ¿No lo aprobabas, Luisa?, ¿no eras capaz de entender aquella entrega a los dioses de Esmérida, tú, que fuiste abandonada por los tuyos?

Entonces, ¿cómo trasmitirte la sensación de fe, de bienestar, de arcádica inocencia que bañó su alma mientras Esmérida le limpiaba el cuerpo con sahumeros e invocaba a sus santos en una lengua incomprensible? Aquello, ¿sería pecado, Luisa? ¿Debería pagar por haber comprendido que Esmérida lo despojaba ahora como cuando era niño, y entregarse al rito con la misma esperanza con que entonces se entregaba a lo que creía un juego? ¿Podría hacerle algún mal aquella negra que siempre supo cómo enjugar sus lágrimas, aquella vieja capaz de protegerlo con su amor, con su fe, con la tisana de hojas silvestres que élapuró hasta el fondo y que le dio valor para preguntar al fin por los detalles de tu muerte?

Ah Luisa, Luisa, Luisa, Luisa, ¿cómo pudiste hacerlo? ¿Por qué el Dios en quien tanto confiaste no detuvo tu mano? ¿Tendrá razón Esmérida? ¿Descansas? ¿Tuvo razón también al invitarlo a comer y a beber por tu memoria? ¿Comen los muertos, Luisa, igual que lo hizo él aquella noche persiguiendo los sabores remotos del tamal y del chivo? ¿Beben acaso el áspero aguardiente que lo llevó a bailar entre los negros invocando tu espíritu, hasta lograr que aparecieras entre las llamas de la fiesta, perdonándolo? ¿Lo perdonaste, Luisa? ¿Era verdad aquel delirio en que te tuvo, rediviva, o este desgarramiento en que te pierde cuando suena la hora, te da la espalda y parte al aeropuerto, abandonándote?